

EL FARO BISBALENSE.



ESTABLECIMIENTO
tipográfico y editorial
DE DON ANTONIO DE TORRES.

Redaccion calle del Puig, n.º 43.

Administracion plaza del Cas-
tello núm. 28.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

En La Bisbal 10 rs. trimestre.
En los demás puntos del rei-
no 12. Franco de porte.
Ultramar y extranjero 20.

Remitidos, anuncios, avisos,
etc., línea. 1 r.
Suscriptores. 1/2.
Insértese ó no, nose devuelve
ningun original.

PERIODICO SEMANAL, CIENTIFICO, LITERARIO Y DE MODAS.

Un gran fondo de verdad encierran las ideas que en el siguiente artículo se emiten.

LAS PREOCUPACIONES.

Es por fortuna una verdad trivial en los tiempos que alcanzamos, que uno de los mas grandes males de la sociedad es la ignorancia. Son poquitos los que maliciosa ó torcidamente, por egoismo ó errado juicio piensan, que debe mantenerse á la masa social en las tinieblas del no saber y forman por el contrario una mayoría inmensa los que creen, que la sociedad, para caminar por las sendas de lo porvenir, atribulada por encontrados intereses, que de continuo prostituyen los mas elevados fines y por pasiones turbulentas que comunican sus ciegos impulsos á los actos sociales y por aspiraciones bastardas y por vanidad, en fin, creen decíamos, que la sociedad necesita dos antorchas que la dirijan; la Religion y la Ciencia. La religion que ablanda y encauza y suaviza los sentimientos. La ciencia que dá rectitud y asiento y severidad al pensamiento.

Pero por mas que esto sea cierto y por mas que de todas partes un clamoreo inmenso pida y predique la luz de religion y de la ciencia; no es menos cierto tambien que una gran parte de la masa social dirigida hasta hace poco por hombres egoistas ya que no ignorantes, mas cuidadosos de su propio medro que del público interés, se haya sumergido en las oscuridades de la ignorancia. Mas como no puede el corazon ni el alma dejar de sentir y pensar y ha sido necesario alimentar esos sentimientos y pensamientos del modo mas adecuado á la conveniencia de aquellos inmorales gobernantes, se ha tenido cuidado de sostener vivas ciertas falsas creencias que trasmitidas de unos en otros se han hecho clásicas, erigiendo en verdad crasísimos errores, considerando como honrados los mas inmundos sentimientos, dando ori-

gen á lo que se conoce bajo el nombre colectivo de preocupaciones.

Preocupaciones sociales y religiosas: hé aquí lo que se alberga en multitud de espíritus, sin que los preceptos de la religion que nuestrasmadres ya en la cuna nos enseñan, ni las nociones científicas que nos inculcan nuestros primeros maestros basten á neutralizarla; sin que el conocimiento mas cabal que cada día se adquiere por los hombres de estudio y la atmósfera que sus predicaciones crea, baste á neutralizar ciertas perniciosas influencias; antes al contrario, las nociones religiosas y científicas mas puramente trasmitidas se tergiversan y emponzoñan por los perjuicios.

Parece anómalo que la verdad penetre con dificultad donde tan facilmente ha podido anidarse el error; mas sin embargo se comprende cuando se recuerda; por una parte que son los menos los entregados al cultivo de su espíritu y muchos los que no tienen medios de iniciarse; por otra parte que hay algunos bastante depravados ó necios para cuidarse de alimentar aquellos, y por último que las preocupaciones en general halagan el egoismo, escitan la fantasía, hieren vivamente la imaginacion y se hallan en relacion con los pobres y numerosos espíritus que han de recibirlos.

Así es que, en la vida práctica de las masas ignorantes y preocupadas, las consecuencias que se tocan son peligrosas cuando no funestísimas; porque oyendo en sus determinaciones privadas ó públicas la voz de sentimientos torcidos y de ideas erróneas, son como religiosos fanáticos; como valientes temerarios; como guardosos tacaños; como respetuosos cerriles, como... son casi siempre víctimas de su propio mal estado moral, entorpecen la marcha y fomento de sí propios y la marcha y fomento de la sociedad que componen.

Siendo pues las preocupaciones semilla de la ignorancia ó de la malicia; que crecen solo en el terreno de la ignoran-

cia y dan frutos perjudiciales ante todo para el terreno en que se sembraron, pueden hacer un gran bien los hombres ilustrados, los de buena fé, los que no ven sin dolor las desgracias sociales, los que anhelan la perfeccion, el adelanto, el fomento de la sociedad, que la eleva hácia Dios. Pueden hacer un gran bien todos estos hombres, iluminando las tinieblas de la ignorancia con sus propias luces y combatiendo la malicia, oponiendo constantemente la verdad al error; destruyendo con sus predicaciones religiosas ó científicas lo mismo en el hogar doméstico que en medio de la sociedad, las preocupaciones y torcidas creencias, con valentía, sin miedo á rencillas y críticos rastros, teniendo siempre delante, para alentarse, el sentimiento de su conciencia honrada y la aspiracion de el bien. Que todo esto es necesario auxiliado por una gran fuerza de voluntad, para no desanimarse en presencia de la obstinada credulidad de los preocupados; para no dejarse arrollada por la maledicencia de los hipócritas, que combaten por la espalda y calumniando; para saber parar los golpes de los que con malicia refinada y gran astucia no combaten la verdad sino á los ojos de los ignorantes, presentando á los despreocupados como irreverentes que no respetan creencias tradicionales y que quieren trastornarlo todo, conduciendo la sociedad á una perturbacion profunda y desconsoladora. No les importa á aquellos hablar en nombre de lo mas venerando, todos los medios son buenos si les conducen al fin apetecido y el fin apetecido es tapar los ojos á los que podrían mirar y ver y empeñar la luz de la verdad que á ellos mismos deslumbra y trastorna.

Por esta razon tambien, deben los que como nosotros piensan, cuidar así mismo de desenmascarar á los hipócritas, modernos fariseos, y darles á conocer; pues los hipócritas son los enemigos mas terribles, por lo mismo que se amansan y se esconden, semejantes á los caudalo-

sos rios que bajo una mansa superficie, esconden un abismo. Por todas estas razones, en suma, urge que los hombres de buena fé trabajen todos cada uno en su esfera de actividad, para acabar con la hipocresia y la preocupacion y hacer que brille para todos clara y esplendente la luz de la religion y de la conciencia.

Fulano de Tal.

Seccion literaria.

FANTASÍA DE UN CENTINELA

LA VÍSPERA DE SU PRIMER COMBATE.

El sol iba á morir: su lumbre pura
Doraba los lejanos horizontes,
Y vibrando en las crestas de los montes
Rasgaba su luciente vestidura.

Restos de la tormenta aun exhalaba
El suelo su frescura deleitosa,
Y en los cielos el arco desplegaba
Rico matiz de púrpura y de rosa.

Sobre su tallo lánguidas las flores
En las alas del céfiro dormían;
Pintadas aves murmurando amores
En sus húmedos cálices bebían.

Dormía el viento, en las serenas olas
Apagada la voz y las espumas,
Ni formaba al doblar las amapolas
Ondas iguales de pintadas plumas.

Todo silencio y soledad respira
Del alto monte el anchuroso valle,
De arbustos solo en la desierta calle
Torvo guerrero pasear se mira.

Lento marchaba, y á compás crugía
La armadura, sonando las escamas,
Y el arcabuz, al doblegar las ramas,
El eco de sus pasos repetía.

Ya marcha altivo en ademan guerrero,
Ya se detiene al empuñar su lanza,
Y alarde haciendo de marcial pujanza
Al aire juega el matador acero.

Contra los rudos árboles le esgrime,
Despierta el eco al azotar la rama,
Y en los cristales de la fuente gime,
Y entre las olas del torrente brama.

Alzó por fin el rostro pensativo,
Y siguiendo con ojo indiferente
Al sol que se abismaba en Occidente,

Así exclamó con ademan altivo:

«¡Ay de mañana! cuando el nuevo día
Tibio refleje en los tendidos mares,
Y entonen sus dulcísimos cantares
Bellas y amantes en la patria mia.

Cuando del tronco á la naciente sombra,
Del aire respirando la frescura,
En torno dancen de la fuente pura
Hollando leves su florida alfombra.

¡Cuánto eco de dolor y de quebranto
Á esos ecos de amor responderá!
De cuánta madre el abrasado llanto
Las risas del placer apagará!

Y tú, naturaleza magestuosa,
Querida del guerrero en los combates,
Que al eco del cañón trémula lates,
Como á los besos del amor la hermosa.

Tú, á quien regalan con alientos suaves
Para adormirte al son de los amores
Sus dulces trinos las pintadas aves,
Su tibio aroma las nacentes flores:

¿Será que al son de la robusta trompa
Tus fatigados ámbitos suspiren,
Y en noble alarde de guerrera pompa
Ondas de acero por los aires giren?

Y esta selva, que en plácida frescura
Dosel me ofrece de floridas ramas,
Estringirá su lánguida hermosura
Mañana en lecho de encendidas llamas.

¡Ay! del incendio al trémulo reflejo
Qué escenas de terror vacilarán!
De cuán fúnebre pompa en ese espejo
La muerte y el dolor se vestirán!

La muerte... ¡idea de horror! Y la espe-
(ranza)
Que en este ardiente corazón se agita!
¿Esa noble ambición caerá marchita
Al golpe rudo de enemiga lanza?

Y ya no mas amor, no mas pasiones;
El porvenir me cerrará sus puertas;
Ni blandas al pasar las ilusiones
Darán calor á mis cenizas yertas.

¡¡Morir!!! y en vano mi postrer mirada
Otra mirada pedirá al amor,
Al apagarse triste, y desgarrada
Por la espresion sublime del dolor.

Y en vano al dilatarse por el cielo
En el confín del pálido horizonte
Fingir querrá de su nativo suelo
La verde selva, y el repuesto monte.

Mas ¡ay! si acaso el alma solitaria
Del que sucumbe en apartado suelo
Viene á escuchar la tímida plegaria
Que en su patria por él se eleva al cielo,

Nunca el postrer suspiro que mi pecho
Lance tendido sobre extraña arena,
Vago presentimiento de la pena,
En torno vuelo de mi madre al lecho.

Que nunca juntos á su voz doliente
Recuerden los amigos mi memoria,
Ni á tanto precio el himno de la gloria
Sus alas tienda en mi abatida frente.

Y ella orará tambien... joven hermosa,
Recordando mi amor y su ventura;
En brazos de una madre cariñosa
Irá á ocultar su llanto y su hermosura.

Juntos los seres que en el mundo adoro,
Juntos para gemir, y para amar,
Nunca, Dios mio, tan precioso lloro
Inútil riegue mi paterno hogar.

¿Y por qué he de morir? la muerte acaso
Á todos hiere con sus negras alas?
Ó entre esa nube de encendidas balas
El acero tal vez no se abre paso?

¿Y yo pude temblar tibio ó cobarde?

Mañana, cuando el sol haya apagado
Su antorcha en los celajes de la tarde,
¿Quién osará decir que yo he temblado?

Tiemble aquel, cuyo brazo en la pelea
Armó el vil odio á la cruel venganza:
Nunca en mis manos temblará la lanza
Que al soplo de la gloria se blanda.

Al combate, al combate: no mas calma:
Emoción del peligro, yo te ansío;
Que al fuego del cañón templada el alma
Recobre altiva su indomable brio.

¡Oh qué dulce es el triunfo de un valien-
Cuando sentado en el cañón que humea (te!)
Sobre su casco al reclinar la frente
Se aduerme en el vapor de la pelea.

¿Qué hermosa entonces de su altivo pe-
Rechazara el amor y las caricias? (cho
Cuándo la gloria brinda con su lecho
Podrá el amor negarnos sus delicias?

Entonces á los bélicos redobles
Sucedrán cariños hechiceros,
La gloria y el amor son compañeros,
Porque la gloria y el amor son nobles.»

Calló el guerrero: el alma enardecida
Fingió sueños de gloria y de fortuna,
Y en su lecho de nubes adormida
Tibia en los cielos pareció la luna.

F. VERA.

CUENTO.

El rábano por las hojas.

Muy contrita una criada
fué á confesarse en cuaresma,
y se acusó de las sisas
y de otras faltas diversas.

Quiso luego el sacerdote
ver si estaba bien impuesta
en la doctrina cristiana,
y le dijo: «hermana, atiende;
»¿Qué día murió el Señor?
—¡El señor! ¡Padre, usted sueña!...
—¡Cómo!—¡El Señor no murió!
—¿Qué dices?—Hablo de veras.
Quien murió fué mi señora,
de un ataque á la cabeza;
él, aunque estuvo malito,
logró salvar la pelleja.»

Victoriano Martínez Muller.

Variedades.

UN CONTRATO SINGULAR.

Al pié del castillo de Moncada re-
cogi cierto día una tradicion que
podrá ser ó no cierta, pero que como
me contaron cuento.

En una oscura y fria noche de no-
viembre de 1278, á corta distancia
de Santa Coloma de Gramanet, y en
un camino que iba costeanado la orilla
del Besós, se hallaba sentado en el
suelo, y la cabeza apoyada en un ár-
bol, un hombre envuelto en aquella
especie de manta parda que usaban
los almogávares. Hubiérase dicho que
dormía. Sin embargo, nada menos que
esto. No dormía; esperaba.

Cualquiera que hubiese podido ob-
servarle á través de la oscuridad que
reinaba, hubiérase visto incorporarse
buscamente de pronto, avanzar la
cabeza como si de interrogar tratase
los ruidos de la noche buscando en-
tre todos uno que fuese mas familiar
á su oído, y en seguida, como si es-

te exámen no le hubiese dado el re-
sultado que esperaba, bajarse hasta
tocar la tierra y aplicar á ella el
oído, permaneciendo mas de un mi-
nuto tendido en el suelo y en una
verdadera inmovilidad.

Al cabo de este tiempo se levantó
satisfecho y abandonando el árbol
junto al cual habia hasta entonces
permanecido, fué á colocarse en mi-
tad del camino.

Unos minutos despues un ruido
comenzó á hacerse sentir entre el si-
lencio de la noche. Era el trote de un
caballo. Acercándose fué poco á poco
hacia el sitio donde estaba nuestro
hombre misterioso, y bien pronto vió
éste surgir de entre las sombras el
perfil de un jinete. Sin duda el que
abanzaba vió tambien delinearse una
sombra en mitad del camino, pues
que, inclinándose sobre el cuello del
caballo, sin no obstante moderar el
paso de éste, gritó con voz robusta y
varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros,
contestó el desconocido.

El jinete tiró de la rienda y detu-
vo su caballo, y al propio tiempo que
se inclinaba de nuevo para descubrir
mejor al que acababa de hablar, su
mano derecha buscaba bajo la pelliza
que le envolvía el pomo de la daga
que siempre llevaban los caballeros
de entonces en su cinto, daga peque-
ña y de punta agudísima que sirva
de arma arrojadiza á los que como el
jinete de que hablamos, sabian dis-
pararla con cierto tino y desde gran
distancia. Quizá el desconocido se
apercibió de este manejo, pues hizo
un movimiento como para adelantar-
se, pero le detuvo la voz del jinete.

—Di lo que quieras sin adelantar
un paso, ó te arrojo mi daga, y por
la sangre de Cristo nuestro Señor,
que no erraré una pulgada de tu co-
razón.

El desconocido que habia dejado
caer el embozo de su manta, se cruzó
de brazos, y dijo, y mientras que una
sonrisa indefinible vagaba por sus
labios:

—¿Don Hugo de Moncada tiene
miedo?

—¡Villano! gritó el jinete. ¿Cuán-
do has visto ó has oído decir que hu-
biese temblado un Moncada? Perdó-
note tu insolencia en gracia de que
me digas pronto lo que de mí deseas;
pero antes de todo, empieza por de-
cirme tu nombre, pues sabes el mio.
No gusto de hablar con gente desco-
nocida.

—Me llamo Farech el almogavar.

—¿Y qué es lo quiere Farech el al-
mogavar á Hugo de Moncada?

—Una sola cosa, su vida.

Don Hugo se irguió sobre la silla
de su caballo y sus ojos centellearon
en la oscuridad.

—¿Mi vida has dicho, perro almo-
gavar? ¡Mi vida! ¿Y para qué necesi-
ta mi vida un lenguaraz villano co-
mo tú.

—Porque la palabra de un villano

vale tanto como la de un caballero, y
he prometido mataros.

—¿Y á qué perro judío ó moro le
has prometido la vida de un Monca-
da?

—Al vizconde de Rosanes.

Al oír Moncada el nombre de su
enemigo mortal y encarnizado lo
comprendió todo. El hombre que te-
nia delante era uno de esos seres na-
cidos de la hez del populacho, que en
aquella época alquilaban su brazo y
su puñal á los caballeros para desem-
barazarles de cualquier enemigo de-
masiado poderoso ó demasiado temi-
ble que les estorbase.

En cuanto don Hugo oyó el nom-
bre de su enemigo, lo comprendió to-
do, y en el acto, con la rapidez del
rayo desenvainó su daga y la arrojó
con ímpetu al almogavar, clavando al
mismo tiempo con furia el aguijón en
el vientre de su caballo para hacerle
saltar sobre el cuerpo del asesino.

La daga partió con efecto dispa-
ra de la mano de don Hugo, pero fué
á clavarse en el árbol en que habia
estado apoyado Farech; el caballo sal-
tó en efecto por encima de su cuerpo,
pero no de su cadáver. Tambien á su
vez el almogavar lo habia compren-
dido todo, y con la misma rapidez
que puso en acción don Hugo se tiró
al suelo por evitar la daga y dejar pa-
so al caballo que, á mantenerse en pié
lo hubiera derribado indudablemen-
te. Fué sin embargo, tan instantáneo
el saltar don Hugo por encima de su
cuerpo, como ponerse en pié el almo-
gavar, echar á correr tras del caba-
llo, alcanzarle, montar en la grupa
de un bote y ceñir al jinete con una
de aquellas correas de que iban siem-
pre provistos los almogávares para su-
jetar sus azconas ó aprisionar á sus
enemigos, teniendo alguno de ellos
la habilidad, y Farech era de este nú-
mero, de arrojarlas como un lazo.

Cuando don Hugo quiso hacer un
movimiento de resistencia, estaba ya
atado.

El almogavar detuvo el caballo, se
apeó, levantó á don Hugo de la silla
con la misma facilidad que lo hubie-
ra hecho con un saco de plumas, y lo
depositó en el suelo.

El asombro que causó al caballero
la rapidez de todo este manejo habia
paralizado su lengua.

—Don Hugo, os he dicho que los
villanos al dar una palabra sabian
cumplirla. Sois mio ya. Rezad vues-
tras oraciones y poneos bien con Dios,
porque vais á morir.

No le espantaba la muerte al de
Moncada. La habia visto muy á me-
nudo y muy de cerca en los campos
de batalla. Una idea cruzó como un
rayo por su mente, y mirando cara á
cara al almogavar, le dijo:

—Farech ¿cuánto te han dado por
matarme?

—Me han llenado el casco de mo-
rabatines.

—¡Torpe! Te lo hubiera llenado
cinco veces lo menos si hubieses sa-
bido hacerte valer.

—¿Qué quereis! soy hombre que

me contento con una ganancia módica.

—Estas cinco veces te lo llenaré yo si me salvas la vida.

—No puede ser, don Hugo. He dado mi palabra y me han pagado anticipadamente.

—Te lo llenaré seis, diez veces.

—Aunque fuesen ciento; aunque me dieseis construido de oro macizo el palacio de vuestro hermano el baron que asoma allí arriba.

Don Hugo conoció que no había dado con un asesino vulgar y se dispuso a morir.

La frente del almogavar se había, sin embargo, nublado. Estaba meditando. El caballero siguió en el rostro de Farech el hilo de sus reflexiones, y esperó.

—No, dijo al cabo de un momento el almogavar; no puedo dejar de mataros, porque sería deshonorarme. He recibido la paga y he dado mi palabra, pero puedo hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Matar al vizconde de Rosanes luego de haberos matado a vos.

Un rayo de gozo iluminó el semblante de don Hugo. El placer de la venganza le hacia grata su misma muerte. Los hombres de aquel siglo eran de ese temple.

—Que me place, dijo. Hubiera querido, bien lo sabe Dios, matarle por mi propia mano y en campal combate; pero ya que esto no puede ser,

acepto tu oferta. Te llenaré cinco veces tu casco de morabatinés.

—No sería justo tampoco y me deshonraria también, contestó con cierto tono de hidalguía el almogavar, que entendía el honor a su manera. Os cobraré lisa y llanamente por su vida lo que él me ha dado por la vuestra. Ni mas ni menos. Bien es verdad que él como hombre vale menos que vos y su vida estaría bien pagada con la mitad de la suma que he recibido por la vuestra, pero al fin y al cabo él es vizconde, siendo vos no mas que un simple caballero. Y vaya esa otra mitad de la suma por su título. ¿Os acomoda el precio?

—Me acomoda. Falta ahora arreglar las condiciones del contrato.

—Son muy sencillas. Vais a darme vuestra palabra de honor de volveros a este sitio dentro de una hora, solo y sin armas. En seguida os soltaré la correa, montareis vuestro caballo, os llegareis al castillo del baron vuestro hermano, y volvereis con el dinero convenido. En cambio yo os daré a mi vez la palabra de que antes de tres dias habrá muerto el vizconde de Rosanes.

—¿Puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra?

—Como yo lo estoy de que vos, don Hugo, cumplireis la vuestra volviendo a este sitio dentro de una hora, solo, sin armas y con el dinero.

—Mi palabra tienes, almogavar. Desata la correa.

—Y vos teneis la mia, don Hugo. Podreis morir tranquilo.

Farech aflojó el lazo de la correa que sujetaba al caballero y ya ni uno ni otro se dijeron mas palabra.

¿Estrano contrato, no es cierto?

Y sin embargo, cuenta la tradicion que uno y otro lo cumplieron al pie de la letra.

A la hora estaba de vuelta don Hugo con el dinero, a los pocos instantes había dejado de existir a manos de Farech el almogavar, y tres dias despues de esta muerte los servidores del vizconde de Rosanes, que tenia su castillo cerca de Martorel, viendo que su señor tardaba en volver de caza, a la que había partido muy de mañana, fueron a registrar el bosque vecino y le encontraron bañado en su sangre y cadáver al pie de un grupo de álamos. Junto a él recogieron una ensangrentada azcona de almogavar.

B. V.

LA FELICIDAD.

Como te dije ya, amigo mio, creo muy útil, inculques a tus hijos la idea de que la felicidad sin amarguras no se halla en el mundo, y es en vano buscarla. Aquí no estamos mas que de paso: nacemos para dirigirnos a la eternidad y hemos de sufrir las incomodidades del viaje. Además, al soldado sólo se le premia cuando despues de la lucha ha alcanzado la victoria.

Nuestra vida es la lucha: el descanso, la gloria, nos aguarda en el cielo.

El hombre puede sin embargo vivir tranquilo y feliz en medio de las borrascas que

le rodean. Para esto, sólo se necesita virtud y fe. Aquel cuya conciencia no puede acusarle tiene asegurada la paz de su alma: la fe le conducirá luego a la más heroica resignacion en las adversidades. Esto es innegable. La virtud da felicidad porque es el estado tranquilo del alma libre del desfreno de las pasiones, y porque Dios no deja nunca al que le sigue. Puede enviarle dias de prueba para afianzar más su virtud; pero abandonarle es imposible.

Fácil es preveer la dicha, el incesante consuelo que ha de experimentar el alma a la que Dios sustenta siempre y llena con su amor y su gracia divina. El valor y la resignacion que puede dar al hombre esta idea: *Dios está siempre conmigo*, es incalculable. El que llegue a convencerse de esta verdad inmutable será un héroe en la desgracia. Pero, ¿cómo alcanzar esta fe? lo he dicho ya: siendo bueno.

Inculca, pues, esta máxima a tus hijos: *Sed buenos y todo lo demás lo tendréis por añadidura.*

Joaquín Lladó.

(De «El Mosaico literario-epistolar.»)

Gaceta.

Fuga.—Entre seis y siete de la mañana del día veintiuno próximo pasado, se fugaron de las cárceles nacionales de esta, dos procesados, ambos recientemente salidos de presidio.

Para llevar a efecto su huida, pegaron fuego a la puerta del calabozo y arrancando una de las barras del cepo que se encontraba clavado en el suelo, sirviéronse de ella como de un ariete para apresurar la accion destructiva del voraz elemento que calcinaba ya la maciza puerta que les

—Es demasiada modestia.

Natalia, viendo que el capitán insistia, se puso triste, y añadió con un tono de despecho:

—Teneis gusto en incomodarme?

Suspiró y se le saltaron algunas lágrimas.

Alexis comprendió que era amado, y con el corazón henchido de alegría:

—Que se quiten las máscaras, esclamó.

Al instante sucede un profundo silencio al ruido de la fiesta, todos los corazones palpitan; los boyardos esperan que hable su señor, para saber a quien deben dirigir sus homenajes. Cualquiera puede imaginarse la rabia que se apoderaría de la princesa Baranjkín, cuando supo que el que creía el czar, y que tantas cosas seductoras la había dicho, no era otro que el bufón de Alexis; y cuál fué su asombro cuando vió la corona sobre la frente de Natalia Narychkin, y oyó estas palabras:

—Boyardos de Moscow, esta es la czarina!

La superioridad musical de Natalia Narychkin fué, tanto como su rara belleza, la causa de su fortuna: no lo olvidó. En conformidad con el czar, animó seriamente las artes y protegió a los artistas; sus favores fijaron en Rusia muchos músicos alemanes, italianos, franceses. En fin, en este reinado tuvieron lugar ensayos con las primeras tentativas de la ópera nacional.

FOLLETON.

EMPERATRIZ POR EL CANTO.

El genio de Pedro el Grande ejerció tal influencia sobre el movimiento intelectual de la Rusia, que se le considera como el fundador de este vasto imperio. Apenas se pronuncian los nombres de los monarcas que le precedieron. Sin embargo, los nombres de Wladimir, de Ivan el Grande, de Alexis, merecen pasar a la posteridad por haber protegido las letras y las artes, y haber dado un vivo impulso a los estudios musicales. En las costumbres de los antiguos slavs, sometidos al gobierno de los príncipes del Norte, se encuentran rasgos característicos, originales, que son dignos de fijar la atención.

Cuando el czar quería contraer matrimonio, los grandes señores de la corte recorrían el país buscando las jóvenes mas hermosas y mas seductoras de las primeras familias. Siempre ascendía el número de las que traían de sesenta a ciento. Las llevaban al palacio de Kremlin, donde permanecían bajo la vigilancia del mayordomo mayor de palacio, hasta el día en que el príncipe designaba ante todos los señores de la corte con cuál de ellas estaba decidido a compartir la corona. Todo el tiempo que permanecían en el palacio estaban en completa comunicacion con las de afuera. El czar, oculto detrás de una cortina, asistía algunas veces a sus conversaciones, para conocer su talento y hermosura. Muchas veces el bufón del príncipe recibía orden de adornarse con las insignias imperiales y representar al autócrata. Las bellas rusas, engañadas por las apariencias, hacían traición algunas veces a sus ambiciosos pensamientos, y trataban de atraer las miradas del falso monarca despreciando las del verdadero.

obstruía el paso: abierto en ella un boquete como de unos tres palmos en cuadro, se lanzaron por él á través de las llamas: dos mantas medio quemadas que se encontraron junto al dintel de la propia, dicen bien el servicio que prestaron.

Salidos al terrado y en el ángulo que forma este por la parte de oriente y mediodía, apoyaron contra el mismo la predicha barra de cepo, atando en uno de sus extremos una cuerda de esparto de unos veinte palmos.

De tejado en tejado saltaron al terrado de la casa escuela de párvulos; y de ahí á un patio que da fácil salida á la calle.

No es esta la primera vez que se utiliza el itinerario que adrede indicamos ligeramente sin comentario alguno.

A la hora en que escribimos, ignoramos completamente si ha tenido resultado alguno la activa persecucion de que fueron objeto.

Tontas.—Niña que el *sigueme pollo*—nos enseña á todas horas—y en lo largo de las cintas—quiere explicar sus congojas,—*tonta*.

Niña que se pinta el rostro—con cosméticos y drogas,—y mete bajo del moño—cinco ó seis libras de estopa,—*tonta*.

La que de un perro lanudo—lleva el cordón ó la sogá—y besándole el hocico—con tal chucho se endiosa,—*tonta*.

La que cuando pasa un hombre—hace quiebro y se esponja—y pone la cara dulce—y los dos ojos entorna,—*tonta*.

La que cuando viene un pollo—recoge la falda pronta—para enseñar las botitas,—y algo mas sobre la bota,—*tonta*.

La que en el palco y el coche—para que la vean todas—por antepecho ó cristales—la falda saca y arroja,—*tonta*.

Y en fin, la que si se trata—de amoríos y de bodas,—teniendo deseos grandes—hace como que se enoja,—*tonta*.

Pronúncienlo ustedes.—Un periódico inglés cita como una singularidad en su género el nombre de un pueblo de Galles. Hélo aquí en toda su extension: «*Llan-firpiollguyagyllogerbeolllysiliogaho*»; que traducido significa:—«Iglesia de Santa Maria del Estanque de las Hormigas, cerca del estanque de San Tisilés.»

Iban de camino tres procuradores y como estuviesen de muy buen humor preguntaron en tono de zumba á un carretero que encontraron.—¿Por qué está tan gordo el caballo de delante: y todos los demás tan flacos?—No lo estrañen ustedes, dijo el carretero que los conoció, porque el caballo de delante es procurador, y los otros son sus clientes.

Proeza femenina.—Un episodio terrible y dramático á la vez, ha tenido lugar en la reciente batalla de Sudowa. Cierta oficial prusiana fué herida de una estocada por la espalda en uno de los encuentros anteriores á dicha batalla por un austriaco, pero cuando moribundo volvió los ojos á su adversario, conoció que no era austriaco, sino un jóven que en Berlin habia requerido de amores á su jóven esposa hasta que descubriendo esta tan criminales propósitos á su esposo, huyó el amante por temor del castigo.

El oficial conoció la mano que le heria, y antes de espirar pudo desde el hospital de sangre escribir lo acontecido á su inocente y honrada esposa.

El día de la batalla de Sudowa todos admiraban el valor de un jóven voluntario que habia llegado el día anterior á Josephstadt, y que lleno de valor acometia á los austriacos. En uno de los ataques cuerpo á cuerpo, se avalanzó con singular encarnizamiento hácia un oficial austriaco al que consiguió derribar de dos balazos de revólver.

Cuando estuvo en tierra le puso el sable en el corazon, diciéndole:

—Asesino, reconócame; yo soy Matilde la esposa del hombre á quien has muerto cobardemente.

Y acto continuo le hundió el estoque en el corazon.

Cuando terminó la batalla, algunos que habian presenciado el hecho lo refirieron al príncipe Federico, que quiso conocer á la heroína.

Se la buscó, pero no la encontraron; un soldado dijo que habia visto su cuerpo exánime aquella noche entre los cadáveres en campo de batalla.

Napoleon I.—El nombre de Napoleon se compone de dos palabras griegas, á saber: Napos y Leon, que juntas significan el «Leon del desierto.» Las letras del mismo nombre, combinadas ingeniosamente, forman una oracion completa, y que tienen particular analogía con el carácter de ese hombre extraordinario.

Quitando la primera letra de la palabra Napoleon, y haciendo lo mismo con cada una de las que vayan resultando sucesivamente, se forman seis voces griegas, de manera que con el nombre tendremos las siete que siguen, y que señalamos con números para marcar el órden gramatical que deberian guardar: 1 Napoleon; 6 Apoleon; 7 Poleon; 3 O-Leon; 4 Leon; 5 Eon; 2 On. Estas palabras traducidas al pié de la letra, puestas en el órden que les corresponde, significan: «Napoleon, siendo el leon del pueblo, vino á ser un destructor de ciudades.»

Cuento.—A un escribano zopenco—se confirió por encargo—practicar solemne embargo—de nueve burros y un penco.—Sin duda por un olvido,—un burro en la diligencia—puso menos, y en conciencia—habiéndoselo advertido,—él, con aspecto formal,—puso despues del *Doy fe*:—«Otro

burro más; y al pié—su firma, *Curro Cantal*.

MERCADO DE LA BISBAL DEL DIA 23

Trigo.	64 rs.
Mescladizo.	52 »
Habones.	52 »
Habas.	46 »
Arbejas.	44 »
Panizo.	40 »
Maiz.	40 »
Altramuces.	34 »
Cebada.	30 »
Mijo.	42 »
Avena.	26 »
Aceite el mallal	58 »

Charada.

(Llegida y endevinada.)

Més alt que 'ls suros y alzinaz
Sól sér l' *hu*: ¿no l' endevinas?

Allá hont no hi há pas *segona*
S' hi sól passar mala estona.

Ab tabaco, está molt bè,
Qui *tot*, goig, salut y or tè.

S.

(Solucion á la del número anterior.)

PES-CA.

Por todo lo no firmado y E. R. Antonio de Torres.

La Bisbal: Imp. de D. Antonio de Torres, plaza del Castillo, núm. 28.—1866.

— 2 —

Alexis, hijo de Michel, padre de Pedro el Grande, respetó esta costumbre. Algunas veces se complacia en dejar las insignias de su grandeza, y disfrazado como simple particular, visitaba los castillos de los señores, las casas de los aldeanos y las cabañas de los paisanos. De este modo estaba enterado de todo lo que pasaba: muchas veces se presentaba en casa de sus favoritos sin anunciarse, comia con ellos y pasaba algunas horas en delicioso abandono. Sobre todo, tenia sumo placer en visitar y sorprender al boyardo Matweel, uno de los principales consejeros de la corona.

Un día llegó á su casa con el uniforme de capitán de guardias, en el momento en que menos le esperaba Matweel. Al atravesar la antecámara, llegó á sus oídos el eco de una voz sonora de maravillosa suavidad, que cesó de repente, en cuanto el príncipe entró en el salón. El czar, que habia experimentado una viva impresion con aquellos deliciosos acentos, quedó completamente fascinado al ver á la jóven que cantaba, y que era de maravillosa hermosura, y cuyas mejillas se colorearon con un vivo sonrosado al ver á este huésped inesperado.

Conformándose Matweel con las órdenes del príncipe, le recibió como á un simple oficial, y le convidó á comer, lo que aceptó Alexis desde luego.

La conversacion fué al principio poco animada; pero cuando el príncipe dirigió la palabra á la bella incógnita, quedó encantado de la viveza de su imaginacion: luego la rogó que cantase algunas de sus canciones favoritas, lo que ejecutó con suma gracia, habiendo tenido el disgusto de que se retirase pocos momentos despues.

—Quién es esta señorita? preguntó Alexis.

—Señor, es la señorita Nasichkin, hija de un pobre caballero, á quien su miserable estado obliga á vivir en un lugarcillo, y me ha suplicado que me encargue de la educacion de su única hija. La cuido con todo esmero, y puedo decir que la semilla no ha caído en una tierra ingrata: á una viva inteligencia y una decidida pasion por las artes, reúne Natalia una amabilidad y un talento superiores á todo elogio, y la miro como si fuese mi propia hija.

—Bien, replicó el czar, pues continúa cuidando de ella. Yo me encargo de dotarla y de proporcionarle esposo. Sabe acaso quién soy yo?

—No señor; sale muy poco de su habitacion, y además no ha visto hasta ahora á V. M.

—Entonces tendrás especial cuidado en no decirselo.

Alexis se retiró sumamente pensativo. La bella Natalia le habia causado una viva impresion; á la segunda entrevista la encontró todavía mas encantadora, y sus visitas se multiplicaron de una manera pasmosa. Con frecuencia pasaba á su lado noches enteras, palpitando su corazon al lado de aquella admirable criatura, cuya melancólica mirada, imaginacion poética y voz melodiosa y penetrante ejercian una irresistible fascinacion. Dotado de una alma ardiente y apasionada, artista de corazon y de inteligencia, Alexis amaba con delirio á la música, cuyo gusto y conocimiento procuraba propagar en sus estados. Muy amenudo se complacia en reunir en su palacio las mas notables cantatrices de Moscow para que ejecutaran los mejores cantos de Rusia; pero jamás habia oído un órgano que se presentase con tanta facilidad á todas las variaciones del canto ligero y gracioso, espresivo

— 3 —

y enérgico. Los primeros rayos del sol le sorprendian algunas veces encantado en éxtasis ante la seductora sirena, que sabia dar una espresion de indefinible tristeza, acentos llenos de vigor y de brillo, á las sencillas baladas, á las melodias originales, y las canciones pintorescas de su país.

En todas estas entrevistas Alexis conservó el uniforme de capitán de guardias; y como Matweel no se habia atrevido á hacer traicion al secreto del soberano, su pupila permaneció en completa ignorancia del rango de Alexis, y le trataba familiarmente como á un amigo de su tutor.

Matweel se encontraba en una posicion difícil; no se atrevia á romper la intimidad del czar con Natalia, y sin embargo conocia que su deber era proteger á la hija de su amigo contra los peligros de una seducccion que no podría comprender ni adivinar.

El día de la gran ceremonia se acercaba. Los señores habian vuelto de su viaje, y ya el palacio de Kremlin encerraba en su recinto sesenta de las mas bellas flores de Rusia. Las grandes señoras de Moscow preparaban sus ricos trajes para la ceremonia. Toda la ciudad se agita, el ejército se va reconcentrando alrededor del castillo, las campanas invitan á la oracion, todo está en movimiento: el czar es el único que no altera sus hábitos, y está siempre al lado de Natalia.

Matweel, sombrío é inquieto, pensaba en el triste desenlace de esta desgraciada pasion, cuando el czar apareció delante de él mas alegre que nunca.

Te he prometido, le dijo, ocuparme de la suerte de tu pupila. Ha llegado el tiempo de cumplir mi promesa. Ya sabes que mañana escojo la zarina; deseo que Natalia presencie esta ceremonia, que despliegue todos sus encantos, y el que ella escoja entre todos los cortesanos, será su esposo.

Repetidos cañonazos anuncian á los habitantes de Moscow que el momento de la eleccion de Alexis se acerca. La gran sala de Kremlin ofrece un magnífico golpe de vista. Los magnates están revestidos de sus mas ricos uniformes; las damas ribalizan en elegancia; las máscaras circulan, intrigan, chancean.

Todas las miradas se dirigen hácia el cortejo de las jóvenes que se disputaban la imperial corona: la princesa Isabel Barbanjkin, fija sobre todo la atencion, y parece que sobrepuja á sus rivales: orgullosa por su nacimiento, parece todavía mas satisfecha con su hermosura.

Un máscara, con un traje mas brillante que los otros, rodeado de cortesanos, entra en la sala: todo el mundo le toma por el czar, y la princesa Barbanjkin se entusiasma cuando se aproxima á ella y empieza á hablarla.

Natalia, con un traje sencillo, permanecia en un rincón de la sala sentada al lado de Matweel. Como habia visto este la máscara que se aproximó á la princesa Isabel, y conoció que no era el czar, le buscaba por todos lados, cuando vió que se aproximaba á Natalia con su uniforme de capitán y el rostro medio cubierto por una careta.

Natalia, satisfecha de ver al amigo de su tutor, le preguntó con su sencillez habitual si el czar habia hecho ya su eleccion.

—Todavía no, replicó Alexis; pero si deseais verlo os llevaré á su lado.

—Estoy bien aquí.

—Quién sabe! cuando el príncipe os vea, tal vez...

—No ambiciono la corona.